

¡Jesús ha resucitado!

Ustedes que abren la Biblia, busquen a Jesús. La Biblia no es un libro solamente para rezar, o para instrucción nuestra. La Biblia es Palabra de Dios para comunicarnos la vida.

En el centro de la Biblia está la Cruz de Jesús y su Resurrección. Ustedes que siguen un camino difícil y no divisan la luz al fin del túnel, aprendan de la Biblia que están caminando hacia la Resurrección. Y entiendan quién es, para ustedes, Jesús resucitado.

La Biblia...

La Biblia no ha caído del cielo. Aquí están libros que no se proclamaron desde las nubes, con algún parlante celestial, sino que se reunieron pacientemente a lo largo de siglos en el seno del Pueblo de Dios, gracias a la fe de sus minorías más conscientes.

Durante unos 18 siglos, desde Abraham hasta Jesús, el pueblo de Israel descubrió, cada vez con mayor lucidez, que el Dios Único se había ligado a él. Las experiencias de la comunidad nacional, los llamados de esos hombres, denominados profetas, que hablaban de parte de Dios, las inquietudes que se desarrollaban entre los creyentes: todo esto pasó de una u otra manera a esos libros. Y fueron los responsables religiosos de Israel los que recibieron, escogieron y acreditaron estos libros, integrándolos al Libro Sagrado.

Así se formó el **Antiguo Testamento** de la Biblia. **Testamento** se refiere a que estos libros eran como la herencia más preciosa

entregada por Dios a su pueblo escogido.

Después de tantas experiencias, llegó para el pueblo de Israel un tiempo de crisis en que Dios quiso llevarlo de una vez a la madurez de la fe. Para eso vino Jesús. Con él se llevó a cabo la experiencia más trascendental de toda la historia. Jesús, sus esfuerzos para salvar al pueblo judío de una destrucción inminente, su rechazo, su muerte y, luego, su Resurrección: ésta fue la última palabra de Dios.

La trayectoria de Jesús originó la predicación de la Iglesia y los libros que en ella se escribieron. Aquellos libros que fueron aprobados por los responsables de la Iglesia pasaron a integrar el **Nuevo Testamento**.

... y la Tradición

Los libros de la Biblia no entregan su mensaje sino al que viene a compartir la experiencia de la comunidad en que se originaron estos libros. Hay una manera de entender la Biblia que es propia del pueblo de Dios: es lo que llamamos la Tradición del pueblo de Dios. Jesús recibió de su propia familia y de su pueblo esta tradición. Luego, enseñó a sus apóstoles una nueva manera de comprender esta historia sagrada: por eso se habla de la Tradición de los apóstoles o de Tradición de la Iglesia.

Para entender bien la Biblia, no podemos fiarnos de cualquier predicador que la tira por su lado. Debemos recibirla tal como la entiende la Iglesia católica, que fundaron los apóstoles y que siempre se fijó en sus normas.

¿POR DONDE EMPEZAR LA LECTURA DE LA BIBLIA?

Lo más sencillo es empezar con el Evangelio, en que nos encontramos directamente con Cristo, que es la Luz, la Verdad y «La» Palabra de Dios.

Por supuesto, las páginas del Antiguo Testamento contienen enseñanzas muy importantes. Sin embargo, el que las lee después de haber oído a Cristo las comprende mejor y les encuentra otro sabor.

Algunos suelen abrir la Biblia a la suerte y consideran que el párrafo encontrado primero les dará precisamente la palabra que necesitan en ese momento. Bien es cierto que Dios puede contestar así a sus inquietudes, pero nunca se comprometió a comunicarse con nosotros de esta manera.

En todo caso conviene haber leído, una vez por lo menos, en forma seguida, cada uno de los libros del Nuevo Testamento. Lo bueno es empezar con el Evangelio: léase al respecto la «Introducción a los Cuatro Evangelios», al comienzo del Nuevo Testamento.

El Nuevo Testamento comprende

LOS CUATRO EVANGELIOS. La palabra Evangelio significa Buena Nueva. Estos son los libros en que los apóstoles de Jesús escribieron lo que habían visto y aprendido de él.

Luego viene el libro de los **HECHOS DE LOS APOSTOLES**, escrito por Lucas, el mismo que escribió el tercer Evangelio.

Luego vienen más de veinte **CARTAS** que los apóstoles dirigieron a las primeras comunidades cristianas.

El Antiguo Testamento comprende

LOS LIBROS HISTORICOS. Aquí vemos la actuación de Dios para libertar a un pueblo que quiere hacer que sea su pueblo. Lo vemos educar a ese pueblo y dar un sentido a su historia nacional. En estos libros se destacan:

El Génesis. El Exodo. El Deuteronomio. Los libros de Samuel.

LOS LIBROS PROFETICOS. Dios interviene en la historia por medio de sus profetas, encargados de transmitir su palabra.

LOS LIBROS DE LA SABIDURIA destacan la importancia de la educación y del esfuerzo del individuo para llegar a ser un hombre responsable y un

creyente.

PARA MANEJAR EL PRESENTE LIBRO

Cada libro de la Biblia se divide en **capítulos**. Cada capítulo se divide en **versículos**. Habitualmente se cita el libro en forma abreviada. Por ejemplo, **Mt** significa Evangelio según Mateo. Estas abreviaturas están indicadas en el índice.

Los capítulos son indicados con cifras muy grandes al comienzo de un párrafo. Los versículos son indicados con números pequeños en el margen.

Para indicar un lugar de la Biblia se da primero el capítulo, y, después, el versículo. Por ejemplo, **Jn 20,13** significa Evangelio de Juan, capítulo 20, versículo 13. **Lc 2,6-10** significa: Evangelio de Lucas, capítulo 2, del versículo 6 al 10.

El texto de la Biblia está todo en la parte superior de la página. Debajo pusimos el comentario con una letra diferente.

Usamos letra cursiva:

– En el Nuevo Testamento, para las frases que son citas sacadas del Antiguo Testamento. Por ejemplo, en Mt 26,31, el evangelista aduce una frase del profeta Zacarías 13,7.

– En el Antiguo Testamento, por varias razones que se indican cada vez en la Introducción del libro.

La Biblia

Para quien recorre las páginas del libro, el Antiguo Testamento se presenta como una sucesión de relatos que o bien se repiten o bien se continúan con mayor o menor coherencia, y que a menudo nos sorprenden y a veces nos escandalizan. En medio de esos relatos, algunos de los cuales parece que están más cerca de la fábula que de la realidad, se deslizan discursos, reglas de moral, de liturgia o de vida social, reproches severos, palabras de

esperanza o gritos de ternura. Bajo ese aspecto el Antiguo Testamento constituye uno de los más bellos textos de la literatura universal.

Pero en este libro o más bien en «estos libros», Dios está siempre presente y se lo nombra en cada página; el Antiguo Testamento en efecto nos dice de qué manera Dios prepara a los hombres y muy especialmente al pueblo de Israel para que reconozca y acoja en Jesús al que lleva a cabo su misteriosa y maravillosa alianza con los hombres. La Biblia es inseparablemente palabra de Dios y palabra de hombre. Es por tanto imposible comenzar a leer estos libros dejando de lado una de estas dos dimensiones. Si olvidamos que son palabra de Dios, se corre el riesgo de reducirlos a simples documentos históricos. Si a la inversa olvidamos que Dios se comunicó al hombre (y se comunica aún hoy día) en el corazón mismo de su historia, transformamos esa palabra de Dios en una colección de leyes religiosas o de máximas edificantes.

La Biblia no es un libro que nos habla de Dios, sino que es el libro en el que Dios nos habla de él por medio de los testigos que él mismo se eligió en medio de su pueblo de Israel. Los primeros cristianos no estaban equivocados al respecto: «En diversas ocasiones y bajo diferentes formas, Dios habló a nuestros padres por medio de los profetas, pero en estos días que son los últimos, nos habló a nosotros por medio del Hijo» (Heb 1,1). A través de los diferentes libros del Antiguo Testamento vemos pues con qué paciencia Dios se revela a su pueblo y lo prepara para el encuentro con Jesús, el Hijo de Dios hecho hombre, «Aquel en quien reside la plenitud de la Divinidad» (Col 2,9).

Antes de la Biblia

Durante muchos siglos la Biblia fue «el» libro del pueblo judío primero, y de la Iglesia después. La fe no era sólo una cuestión personal. No se trataba únicamente de conocer las leyes de Dios que nos conducen a la felicidad y a la recompensa eterna, sino que toda la Biblia giraba en torno a una alianza de Dios con la humanidad. Había habido un punto de partida, etapas, y habría al final una recapitulación de nuestra raza en Cristo y la integración del mundo creado en el misterio de Dios. La Biblia era pues una historia y quería ser la historia de la humanidad. Era no sólo el libro de las palabras de Dios sino además una de las bases de nuestra cultura.

Pero es innegable que toda la historia bíblica fue escrita en el transcurso de unos pocos siglos en un pequeño rincón del mundo. Aunque este lugar fuera, como lo afirmaremos más adelante, un sector muy privilegiado, los autores bíblicos no podían ver desde su ventana más que un pequeño trocito del espacio y del tiempo. Cuando buscaban más allá de su historia particular, no alcanzaban más datos de los que transmitían las antiguas tradiciones.

Para ellos no cabía duda alguna que Dios lo había creado todo «al principio», es decir, si nos atenemos a algunos datos brutos del Génesis, hacía más o menos 6.000 años. Posteriormente tampoco se dudó de que el mundo habitado no se extendía más allá de Europa y del Oriente Medio, y que toda la humanidad había recibido el anuncio del Evangelio, aunque regiones enteras, como los países «moros» hubiesen abandonado la fe. En el siglo XIII, Santo Tomás de Aquino sostenía que si por casualidad había todavía alguien que siguiera ignorando el mensaje cristiano, como sería por ejemplo alguien que hubiera pasado toda su vida en el fondo de un bosque, Dios no dejaría de mandarle a un ángel para darle a conocer su palabra.

Fue sólo en el siglo XVIII cuando la ciencia comenzó a hacer tambalear esas certezas. En primer lugar, la noción de tiempo. Un primer paso fue el descubrimiento de la enormidad de tiempo que fue necesaria para que se formara la tierra, y de innumerables especies de animales y vegetales que desaparecieron de la tierra después de haberla habitado. Así se pasó rápidamente de los 6.000 años tradicionales a millones y a miles de millones de años. Una segunda etapa afectó mucho más profundamente la visión del mundo, y fue la intuición primero, y pruebas cada vez más numerosas después, de una verdadera historia de los seres vivos. En un primer tiempo se esforzaron por clasificar a las especies vivientes o extinguidas según sus semejanzas o diferencias; no fueron necesarios muchos años para que el cuadro se transformara en un árbol genealógico: las diversas especies procedían las unas de las otras. Se fueron diseñando troncos comunes, ramificaciones, y las formas o articulaciones eran más o menos parecidas según si el parentesco era más o menos lejano.

Esa nueva imagen de una creación en perpetuo crecimiento cuadraba con las intuiciones de algunos Padres de la Iglesia; fue vista sin embargo por todo el mundo cristiano como una peligrosa amenaza para la fe. Una de las razones para rechazarla fue la filosofía —o por decir mejor la «fe»— racionalista o antirreligiosa de numero-

sos científicos de los dos últimos siglos. Les bastaba con haber aclarado algunos mecanismos de las pequeñas evoluciones para afirmar que todas las invenciones y maravillas de la naturaleza se podían explicar del mismo modo, y aún más, para afirmar que todos los mecanismos eran productos del azar a partir de la nada.

Por otro lado, los cristianos estaban acostumbrados a pensar en términos de verdades inmutables, lo que ciertamente era válido para los dogmas de la fe, y les parecía que Dios de igual modo debía haber sometido el mundo celeste y terrestre a leyes inmutables: los astros debían contentarse con girar en círculo (como gran cosa se aceptaba una órbita elíptica) y los seres vivos tenían que reproducirse siempre iguales. Hubo que esperar el segundo cuarto del siglo XX para que se superara por fin la oposición entre una ciencia antirreligiosa en sus pretensiones, y una fe que quería ignorar los hechos.

¿A dónde queremos llegar con esto? Simplemente a que la visión de un mundo en evolución encaja perfectamente con la concepción cristiana del tiempo y de las

«edades» de la historia. Si estudiamos las cartas de Pablo, veremos que para él toda la historia de la humanidad es una pedagogía de Dios de la cual emerge el verdadero Adán. Contrariamente a la imagen tan difundida de un Adán Tarzán, que, al comienzo de los tiempos era tan bello y fuerte como se lo ve en los frescos de Miguel Ángel, pero que después habría caído de su pedestal, San Ireneo después de Pablo, veía a toda la humanidad dirigida por la pedagogía de Dios hacia una completa realización de la raza o de la comunidad humana.

Si uno entra en esta perspectiva no le es difícil pensar que toda la creación haya sido hecha en el tiempo. El «big bang», si realmente lo hubo, expresa magníficamente el punto de partida del tiempo creado, un tiempo que parte de la eternidad y vuelve a la eternidad. Veinte mil millones de años para la expansión de millones de galaxias, cada una con sus miles o millones de soles. Y en alguna parte, planetas. ¿Cuántos? Es un misterio. ¿Cuántos de ellos habitados? Es más misterioso aún. Pero también allí la fe tiene sus intuiciones. Toda la Biblia recalca la libertad, la gratuidad de los gestos de Dios. Un Dios que ama a todos los hombres y que los conduce a todos hacia él, lo conozcan o no, pero que además sabe elegir a quienquiera para darle lo que no les dará a otros. Y el hecho de que Dios haya creado millones de galaxias no le impedirá, si quiere, de escoger sólo a una de ellas; allí pondrá, en un rincón del universo, a esa raza de «homo habilis» (hombre emprendedor) a la que la Palabra de Dios ha elegido como su punto de aterrizaje en la creación.

No llegó pues el hombre por pura casualidad. No es un mono que, por el efecto de algunas transmutaciones cromosómicas fortuitas, se haya despertado un día con la capacidad de comprender; habría bastante que decir de esos juegos del azar gracias a los cuales, según algunos dicen, una raza de monos produjo sin mayor esfuerzo algunos grandes músicos y un buen número de niñas guapas.

Miles de generaciones fueron necesarias para que apareciera nuestra humanidad. Fueron innumerables los eslabones, los humildes antepasados a los que tal vez Dios ya conocía y amaba como nos ama a nosotros; pero ante ellos estaba el modelo y el fin, y ése era Cristo.

Quisiéramos aquí recordar en pocas líneas las grandes etapas que precedieron a la formación del pueblo de la Biblia.

Los primeros pasos del hombre

¿Cuándo y cómo apareció el hombre? Se podrá discutir sobre los términos: ¿de qué hombre hablamos? ¿Del que partía piedras, o del que inventó el fuego, o del que enterraba a sus muertos? Hablamos del hombre verdadero, de aquel cuyo espíritu es a imagen de Dios, y al que Dios conoce y que puede conocer a Dios.

ANTES DE LA BIBLIA

Nadie puede responder a esta cuestión de manera precisa. Durante largos siglos el hombre casi no cambió la faz de la tierra. Su género de vida y las creaciones de su espíritu apenas lo distinguían de los primates antropomorfos de los cuales salió. Familias y grupos humanos habitaban en cavernas y cazaban en medio de los bosques.

Lentamente el hombre inventaba su lenguaje, hacía armas y herramientas. No se interesaba solamente por lo útil y lo visible. Era un artista. En las cavernas y grutas, debajo de la tierra donde celebraba sus ritos mágicos, pintaba en la pared, lejos de la luz del día, los animales que deseaba cazar. Hoy todavía nos admiramos de su genio artístico.

El hombre era un **ser religioso**. Enterraba a sus difuntos con ritos destinados a asegurarles una vida feliz en otro mundo. Siendo creado a la imagen de Dios, su inteligencia pensaba instintivamente que continuaría viviendo después de la muerte. Por primitivo que fuera, este hombre tenía una conciencia, podía amar, y descubría algo de Dios, de acuerdo con su capacidad. Pero sus comienzos habían sido marcados profundamente por la violencia y los instintos egoístas comunes a todos los seres vivientes: el pecado estaba en él.

Las primeras civilizaciones

Hace unos 10.000 años, un cambio se preparó en la humanidad. Los hombres se agruparon en mayor número en las llanuras fértiles. En algunos siglos descubrieron la manera de cultivar la tierra, de criar el ganado, de modelar y cocer la arcilla. Se levantaron aldeas, que se unieron para defenderse y aprovechar mejor los recursos de la tierra. La primera civilización había nacido.

Después todo se hizo muy rápido. Sobre la tierra aparecieron cinco centros de civilización.

Tres mil quinientos años antes de Cristo, en el sector geográfico llamado Medio Oriente, y donde nacería el pueblo de la Biblia, se formaban dos

imperios. Uno era Egipto, el otro Caldea, país de donde saldría Abraham siglos más tarde. Caldea hizo un sistema perfeccionado de riego, construyó con tabiques cocidos, inventó un sistema de escritura, tuvo leyes y administración centralizada. Egipto también tenía esos adelantos: construía templos grandiosos para sus dioses y levantaba las Pirámides para tumba de su faraones.

También en China y en India, como veinte siglos antes de Cristo, y en Centro- América, diez siglos antes de él, nacieron otras civilizaciones. Las de Centro-América, China e India se desarrollaron por separado, ya que en este tiempo era muy difícil recorrer los continentes.

En cambio, en el Medio Oriente, Caldea y Egipto mantenían contactos, a veces agresivos, pero que tarde o temprano los obligarían a ver los límites de su cultura. El camino que iba de uno al otro país pasaba por un pequeño territorio que más tarde se llamaría la Palestina.

La Biblia y las religiones de la Tierra

Estos breves recuerdos bastarán para mostrar que la historia y las tradiciones bíblicas cubren sólo un pequeñísimo sector de la historia humana, el que sin embargo es uno de los más importantes como punto de convergencia de tres continentes. No existe tal vez sobre el planeta otro punto que haya experimentado tantas conmociones

ANTES DE LA BIBLIA

geológicas y humanas. Pero la mayor parte de la humanidad ha pasado al lado de esa historia y ha tenido su propia experiencia de la vida y de Dios. Esto no hay que olvi- darlo.

El pueblo de la Biblia llegó tarde al escenario de los pueblos, y por mucho tiem- po estuvo sin preocuparse por los que no habían recibido la Palabra de Dios de la cual era portador. Y por esto mismo, Dios tampoco le dijo nada al respecto, porque cuando Dios nos habla, lo hace en el lenguaje humano, y en nuestra propia cultura, respetando de algún modo nuestras limitaciones y nuestras ignorancias. Pero Dios no lo había necesitado para entregar a los hombres su palabra y su espíritu. En algunos períodos el pueblo de Dios pensó que todo lo que venía del extranjero era malo, que se debía rechazar cualquier sabiduría que hubiera nacido fuera de los territorios judíos o cristia- nos. Pero ha habido también tiempos de curiosidad en los que la fe se enriqueció en contacto con otras culturas, sus profetas y sus pensadores.

No debemos pues pedirle a la Biblia demasiadas respuestas sobre la manera como Dios ha hablado en otras culturas, sobre cómo el Espíritu ha estado actuando en medio de ellas, sobre cómo las energías que irradian de Cristo resucitado alcanzan hoy en día a todas esas personas, y cómo se salvan por el único Salvador. La Biblia sólo nos dice que cuando Dios llamó a Abrahán, se dio comienzo a una gran aventura, única en su género, y que llevaba directamente al Hijo de Dios —a su Verbo, o Sabi- duría, o Palabra—, hecho hombre.

Después de la Biblia...

Setenta generaciones de cristianos se han sucedido desde el tiempo de los apóstoles. Hablar de la Iglesia es hablar de estos hermanos nuestros; es fácil criticarlos o pensar que debían haber sido mejores; es más difícil conocer el mundo en que vivieron, muy diferente del nuestro, y comprender lo que trataron de realizar, llevados por su fe.

Hombres libres, vírgenes y mártires

Los cristianos de los primeros siglos gozaron al sentirse liberados: liberados de las supersticiones paganas como de su propio temor y egoísmo. Pero pagaron cara esta libertad. En su tiempo no había ley superior a la voluntad del emperador o a las costumbres de su pueblo, pero ellos ponían a Cristo por encima de las autoridades humanas y, por ser opositores de conciencia, los trataron como a malhechores. El amor cristiano y la virginidad insultaban los vicios del mundo pagano.

De ahí que los cristianos fueran perseguidos. Durante tres siglos hubo represión y mártires, a veces en una provincia del imperio, a veces en otra. En algunos períodos todas las fuerzas del poder se desencadenaron contra ellos y pensaron acabar con el nombre de Cristo. Pero las multitudes, que para divertirse iban a contemplar los suplicios infligidos a los cristianos, volvían avergonzadas de su propia maldad y convencidas de que la verdadera humanidad estaba en los perseguidos.

La conversión de Constantino

Mientras tanto el mundo romano entraba en decadencia. Antes de que fuera

ven- cido por sus enemigos, se debilitaron las fuerzas espirituales que lo habían encumbra- do: ya no tenían vida las creencias antiguas. En el año 315, el propio emperador Cons- tantino pidió ser bautizado y, después de él, los gobernantes fueron cristianos. Este fue un acontecimiento decisivo para la Iglesia, que pasaba a ser protegida en vez de perse- guida.

Pero este triunfo trajo consigo desventajas que se iban a medir con el tiempo. En adelante la Iglesia debió ser la fuerza espiritual que necesitaban esos pueblos del Imperio romano, reemplazando a las falsas religiones, y sus puertas se abrieron para recibir a las muchedumbres en busca del bautismo. La Iglesia ya no se limitaba a cre- yentes bautizados después de ser convertidos y probados; tuvo que hacerse la educado- ra de un «pueblo cristiano» que no difería mucho del anterior «pueblo pagano». Lo que se ganaba en cantidad se perdía en calidad. Los emperadores «cristianos» tampoco diferían de sus predecesores. Así como éstos habían sido la suma autoridad en la reliGión pagana, también quisieron dirigir la Iglesia, nombrar y controlar a sus obispos: protegían la fe y sometían las conciencias.

Por otra parte, al salir de la clandestinidad o de una situación postergada, los cris- tianos tuvieron que meterse más en los problemas del mundo. ¿Cómo podían conciliar la cultura de su tiempo con la fe? Ese fue el tiempo en que los obispos, a los que lla- man «los Santos Padres», hicieron una amplia exposición de la fe respondiendo a las preguntas de sus contemporáneos. Entre los de más genio se destacó San Agustín.

Hay gente que prefiere no ver los puntos difíciles de la fe. Pero los que se atreven a profundizarlos como se debe, no siempre se cuidan de los errores. El error que más se difundió y por poco arrastró a la Iglesia, fue el «arrianismo»: por miedo a dividir el Dios único, los arrianos negaban que Cristo fuera el Hijo igual al Padre; lo considera- ban solamente como el primero entre los seres de toda la creación. Los emperadores arrianos designaban obispos arrianos; pero como lo había prometido Jesús, el Espíritu Santo mantuvo la fe del pueblo cristiano y el error retrocedió.

En esos tiempos los cristianos deseosos de perfección, al ver que la Iglesia no era ya la comunidad fervorosa del tiempo de los mártires, empezaron a organizarse en comunidades austeras y exigentes. Les pareció necesario aislarse de la vida cómoda para buscar a Dios con toda el alma, y así, en los desiertos de Egipto primero, y luego por todo el mundo cristiano, hubo monjes y ermitaños. Los monjes mantuvieron en la Iglesia el ideal de una vida perfecta, totalmente entregada a Cristo. Su existencia tan mortificada les permitió conocer hasta los últimos rincones del corazón humano. Y Dios, por su parte, les hizo experimentar la transformación o divinización reservada a quienes lo dejaron todo por él.

El fermento en la masa

Cuando se derrumbó el Imperio romano, invadido por los bárbaros, devastado, arruinado, despedazado, pareció que fuera el fin del mundo. (Hablamos siempre del Imperio romano, no porque fuera el único lugar poblado en el mundo sino porque, de hecho, los predicadores cristianos no habían salido, o muy poco, de sus fronteras).

Pero, en realidad, esta destrucción anunciada por Juan en el Apocalipsis dio la partida para otros tiempos; la Iglesia no pereció en ese torbellino, sino que descubrió una nueva tarea: evangelizar y educar a los pueblos que, después de las invasiones bárbaras, habían vuelto a una sociedad más pobre, muy inculta y totalmente desorganizada.

Estos pueblos no conocían otra fuerza moral u otra institución firme que la de la Iglesia. Muchas veces el obispo había sido el único que se constituyera en

«Defensor del pueblo» frente a los invasores. No había otros que los clérigos para educar al pueblo; en los monasterios se guardaban, al lado de las Escrituras Sagradas, los libros de la cultura antigua. La Iglesia fue el alma de esos pueblos primitivos, crueles, generosos y excesivos en todo. Y mientras luchaba perseverantemente para limitar guerras y venganzas, proteger a la mujer y al niño, desarrollar el sentido del trabajo constructivo, ella misma se dejó penetrar por las supersticiones y la corrupción. Por momentos pareció que hasta las más altas autoridades, los Papas, se hundieran en los vicios del mundo, pero lo sembrado entre lágrimas floreció con el tiempo.

Lo mismo que en la Historia Sagrada Dios había educado al pueblo primitivo de Israel, dejando que muchos errores solamente se corrigieran con el tiempo, así pasó con la llamada *Cristiandad*, o sea, con esos pueblos de Europa que aprendían a ser humanos, libres y responsables. Nació una civilización nueva cuya cultura, arte y, más que todo, ideales, eran fruto de la fe.

Católicos y Ortodoxos: El Cisma

La parte oriental del Imperio romano había resistido a las invasiones bárbaras. Esta parte de la Iglesia, llamada Griega u Ortodoxa, y que luego evangelizaría a Rusia, se apartó poco a poco de la parte occidental ocupada por los bárbaros y animada por la Iglesia de Roma. Hubo dos Iglesias diferentes por la cultura, el idioma y las prácticas religiosas, a pesar de que guardaban la misma fe, y esto no era malo. Pero ambas cometieron el pecado de fijarse más en sus propias costumbres que en la fe común, y así, la Iglesia oriental se apartó del Papa, sucesor de Pedro en Roma.

Posteriormente los turcos, que se adherían a la religión de Mahoma, conquistaron los restos del Imperio romano en Oriente y solamente quedaron escasas comunidades cristianas allí donde habían prosperado las antiguas Iglesias de Siria, Palestina, Egipto... En los tiempos actuales, Grecia, Rumania y, más que todo, Rusia, forman lo más importante del mundo ortodoxo.

La Iglesia y la Biblia

En el año 1460, los descubrimientos de Gutenberg permitieron imprimir libros. En tiempos anteriores no había sino libros escritos a mano, caros y escasos. No estaba al alcance del hombre común tener una Biblia, ni siquiera un Evangelio. La Biblia se leía en la Iglesia y servía de base para la predicación. Y para que estuviera más presente en la memoria de los fieles, no se construían templos sin adornarlos por todas partes con pinturas, esculturas o vitrales que reproducían escenas bíblicas.

Pero en adelante cada uno podría tener las Escrituras Sagradas, con tal que supiera leer. Este descubrimiento técnico iba a precipitar una crisis latente en la Iglesia. Porque durante siglos las instituciones de la Iglesia, su clero, sus religio-

so, habían forjado la cultura y la unidad del mundo cristiano; siendo sus guías en lo político como en lo espiritual, las preocupaciones materiales superaban muy a menudo la dedicación por el Evangelio. Muchos hombres destacados, religiosos, santos, habían protestado pidiendo reformas. Pero las reformas no salían adelante. Con la impresión de la Biblia, muchos pensaron que la única solución para reformar la Iglesia era entregar a todos el Libro Sagrado para que, al leerlo, bebieran el mensaje en su misma fuente y corrigieran los desvíos y malas costumbres establecidas.

Cuando Martín Lutero tomó la iniciativa de una Iglesia reformada, apartándose de la Iglesia oficial, acometió la obra de traducir toda la Biblia al idioma de su pueblo, el alemán, pues hasta entonces se publicaba casi siempre en latín.

Es que, en la Iglesia, la mayoría de los clérigos, desconociendo el provecho que se sacaría de la lectura individual de la Palabra de Dios, se fijaban más bien en los peligros de que cada uno se creyera capacitado para comprenderlo todo sin error, si se entregaba el Libro Sagrado a todos. No se equivocaban totalmente, pues apenas Lutero hubo traducido la Biblia, sus seguidores empezaron a pelear entre ellos y a fundar Iglesias opuestas, segura cada una de retener sola la verdad.

Cuando, años después, la Iglesia se reformó a sí misma, no por eso se promovió suficientemente el interés por la Biblia. Predicadores y misioneros no dejaban de enseñar el Evangelio, pero todo llegaba al pueblo desde arriba, sin que fuera estimulado a buscar personalmente la verdad.

Conquistadores y misioneros

Desde los Apóstoles, los creyentes se han preocupado por transmitir su fe a los demás. También hubo misioneros que se aventuraron entre los pueblos enemigos o de otro idioma, para predicar el Evangelio. Pero cuando toda Europa se encontró más o menos reunida en la cristiandad, o sea en el área cultural y social animada por la Iglesia, creyeron que se había cumplido la tarea misionera. ¿Qué había fuera de los países cristianos? Ellos hubieran contestado: «Los moros, nada más.» Los moros, es decir, los pueblos árabes de religión musulmana, enemigos encarnizados de los países cristianos. Y no pensaban que hubiera pueblos más allá.

Algunos profetas como Francisco de Asís o Ramón Lull comprendieron que sería mejor anunciar a Cristo entre los musulmanes que luchar contra ellos con armas. También misioneros como Juan de Montecorvino recorrieron toda Asia a pie, hasta China. Pero fueron excepciones. Ya en estos tiempos, que nos parecen lejanos, las Iglesias de Europa tenían siglos de tradición; tenían su cultura, su manera propia de reflexionar la fe y de vivir el Evangelio. Y para los hombres de ese tiempo era muy costoso comprender a pueblos de otra cultura y transmitirles el Evangelio de manera que pudieran organizarse en Iglesia según su temperamento propio y conforme a su idiosincracia. Por esto las Iglesias fundadas en los extremos del mundo no prosperaron y la Iglesia se confundió con la cristiandad europea.

Pero cuando Marco Polo, Vasco de Gama y Cristóbal Colón abrieron el muro de ignorancia que protegía a la cristiandad, la Iglesia conoció la dimensión real del mundo que no había recibido todavía el Evangelio: Africa, Asia y América.

Eran aventureros los conquistadores, pues la gente tranquila no suele arriesgarse en tales cosas. Pero apenas descubrieron el Nuevo Mundo, los

acompañaron los aventureros de la fe, ansiosos por conquistar para Cristo a los que todavía no lo conocían, y entre los que partieron así sin armas, sin otra

preparación que su fe, no faltaron los santos ni los mártires.

La misión en América pareció que sería muy fácil y fecunda. Los españoles habían destruido las naciones indígenas y, a veces, arrasado su cultura. Los indios no se resistieron a la fe, y en varios lugares se concedieron privilegios a los que se hacían cristianos. Poca gente se dio cuenta de que la cristianización era muy superficial. Bajo la película delgada de las prácticas católicas los pueblos indios guardaban sus creencias paganas. Seguían muy religiosos, como lo eran antes, pero a su manera, y, si bien es cierto que la Iglesia suprimió costumbres inhumanas e hizo obra de educación moral, los hombres, en su mayoría, no se encontraron con Cristo ni se convirtieron a su mensaje en forma responsable.

La rebeldía de los laicos

Al hablar de la cristiandad dijimos que la Iglesia se había hecho responsable de muchos sectores de la vida pública, y esto, por necesidad, porque no había autoridad civil o militar que se encargara de ellos. El clero fundaba y atendía las escuelas y universidades, los religiosos se hacían cargo de la salud pública: hospitales, hospicios, orfanatos. Los monjes colonizaban y valorizaban las tierras sin cultivar.

Pero llegó el día en que los más conscientes entre los dirigentes e intelectuales comprendieron que todas estas tareas debían ser devueltas a las autoridades civiles. En esto estaban de acuerdo con el Evangelio, que distinguió lo que es del César y lo que es de Dios. Pero también en esto se enfrentaron con las ideas tradicionales.

Raras veces nos convencemos de que debemos transmitir a otro una responsabilidad nuestra. Así pasó con las autoridades de la Iglesia. De tal manera que los cambios necesarios para que la cristiandad decadente diera lugar a naciones modernas, a instituciones laicas, a ciencias independientes, se hicieron en forma de lucha. Todos saben el proceso ridículo hecho al físico Galileo y los conflictos políticos que hubo entre los papas y los reyes.

La Iglesia y el mundo moderno

En los últimos cuatro siglos, el mundo ha conocido más crisis, más adelantos, más cambios que en todos los tiempos anteriores. La fe cristiana había dado al hombre europeo una energía, una seguridad, una conciencia de su misión en el universo, que le permitieron construir la ciencia, desarrollar las técnicas, dominar los otros continentes. Por supuesto que las conquistas y la colonización obedecían a motivos muy extraños a la fe, pero, aun con esto, llevaban a efecto el plan de Dios que, desde el comienzo, contempló la reunificación de todos los pueblos.

La Iglesia participó de esta extensión. En el siglo XIX hubo hasta 100.000 misioneros, sacerdotes y religiosas, empeñados en la evangelización y educación en Asia, Africa y América.

Lo más importante, sin embargo, sucedía en Europa. La Iglesia se veía enfrentada a esta cultura moderna que había salido de ella, pero que, ahora independizada, se volvía su enemiga. Los espíritus ilustrados pensaban comúnmente que eran capaces de dar a la humanidad progreso, felicidad y paz, y no veían en la Iglesia sino ignorancia y prejuicios; en una palabra: el mayor obstáculo para la liberación de los hombres. Muchos se atrevieron a predecir la muerte del cristianismo antes del siglo XX.

Esta situación compleja obligó a la Iglesia a salir de su seguridad y a responder a interrogantes cada vez más cruciales. Bien era cierto que Cristo le había entregado la verdad y reinaba después de resucitado. Pero la Iglesia tenía que descubrir y probar cada día lo que significaba esta verdad para hombres diferentes. Y no era para ella el momento de reinar, sino de servir en medio de humillaciones.

El gran siglo de la evangelización

El siglo XX parece que ha simplificado la situación. Por una parte, al cabo de tres siglos de luchas estériles, la Iglesia se ha dado cuenta de que, al perder sus recursos, su poder político y su monopolio cultural, ha vuelto a encontrar su verdadera misión, que es la de ser en el mundo una fuente de amor y de unidad, la levadura en la masa.

La Iglesia no es más que una minoría en el mundo: unos 700 millones de católicos entre cinco mil millones de pobladores de la tierra. Pero son, más que nunca, una minoría inquieta y preocupada por todo lo humano, sabiendo que la obra de Dios es salvar todo lo humano.

Por otra parte, la cultura laicista que pretendía solucionar todos los apuros de la humanidad sin recurrir a la fe, ha visto sus límites y, luego, su fracaso. Los mejores entre los que piensan, reconocen que la humanidad corre al caos si los hombres no vuelven a tener una fe, una esperanza y una visión común de su destino. De otra manera, las tensiones entre ricos y pobres, el choque de las ideologías, el desconcierto de las sabidurías humanas, nos lleva directamente a un enfrentamiento universal.

En muchas partes del mundo, la Iglesia, que antes iba de la mano con los gobernantes, es perseguida. Esto sucede en los países comunistas, decididos a eliminar toda

17*

DESPUÉS DE LA BIBLIA

religión; esto sucede en países dominados por otra religión, como son los musulmanes y los hindúes; esto sucede en las mismas sociedades que se proclaman cristianas, pero dan la espalda a la justicia y al respeto al hombre.

Ahora bien, la Iglesia entiende mejor lo que es dar testimonio de Cristo y entregar su Buena Nueva a los pobres. Deja de ser una institución dirigida por una clase superior, el clero, y vuelve a ser una comunidad de comunidades. La Iglesia entiende que para todos los pueblos se acerca el desastre si no saben reconciliarse; y la reconciliación en base a la verdad, la justicia y el perdón, es el fruto de la Evangelización. Para quien no se detiene en la mediocridad inevitable de la mayoría de los creyentes, ni en los errores en el recorrido, ni en la lentitud de ciertos cambios, no cabe duda que este siglo es el gran siglo de la evangelización de las naciones.

¿Habrá otro después?

Una Biblia Ecuménica y Católica

Estas dos palabras, que en un comienzo tenían sentidos muy parecidos, han tomado caminos diferentes.

La Biblia que presentamos es **ecuménica** ante todo en el sentido de que la traducción quiere ser honrada y no deforma los textos para favorecer una interpretación sectaria de las Escrituras. Nos hemos esforzado además para que nada, ni en las introducciones ni en los comentarios, pueda ofender a cristianos pertenecientes a otras Iglesias, y para evitar todo juicio negativo sobre otras religiones. No contentos con esto, hemos querido mostrar cómo la salvación única de Cristo no se opone a que Dios haya amado y conducido por otros caminos a esa gran mayoría de los hombres que no comparten nuestra fe. Véase al respecto la nota: *La salvación de los no-cristianos* (pág. 617).

Hay una manera **católica** de vivir la fe así como de entender las Escrituras. Lo uno va unido a lo otro. Para dar un ejemplo, tomado de uno de los temas más conflictivos: sería inútil cultivar en nuestros templos la devoción a María, Madre de Jesús, si no fuéramos capaces de mostrar el lugar que ocupa en el corazón de las Escrituras, que es el misterio del Hijo hecho hombre. Para nosotros no se trata de añadir una persona creada a las Personas divinas, como si la fe en Dios no fuera suficiente. Si aceptamos la visión de María que mantiene la Iglesia católica, se nos abre otra visión de Dios, de la salvación y de las relaciones de Dios con el universo.

El comentario bíblico no puede limitarse a explicaciones de palabras o a datos históricos, ya que no es monopolio de profesores. La inteligencia de la Palabra escrita se desarrolla a partir de la experiencia de Dios, de la comunidad cristiana y de la vida de los hombres. La experiencia de los católicos va mucho más allá de sus ritos y de su teología. Marca tan fuertemente a la persona humana que nos hace diferentes. Es imposible que efectos tan globales no tengan que ver con la Escritura y con el modo de entenderla.

Esto justifica las reservas, por no decir la oposición tradicional de la Iglesia católica respecto a Biblias claramente no católicas. En esto no se debe ver un simple temor a la tergiversación de los textos, sino la convicción –que también expresó Lutero– de que la Palabra de Dios es la Palabra proclamada por la Iglesia.

El problema de los libros *deuterocanónicos* es uno de los muchos elementos en que las Biblias católicas difieren de las demás, pero necesitarían una exposición más amplia.

Los Libros Deuterocanónicos

Los libros de Macabeos, Tobías, Judit, Baruc, la Sabiduría de Salomón y la Sabiduría de Ben Sirac no se encuentran en las Biblias destinadas a los protestantes, lo que plantea una cuestión gravísima: si no hay acuerdo respecto a algunos libros, ¿con qué criterios se aceptaron los otros? ¿No se podría concluir que para ningún libro hay certeza sino tan sólo una opinión común? ¿Qué decir, entonces, de la fe?

La Biblia no ha existido siempre. Durante muchos siglos la Palabra de Dios era transmitida oralmente por sacerdotes y profetas. La idea de una colección de los Escritos sagrados se fue gestando poco a poco, después del regreso del destierro, y sobre todo con Esdras. Se pueden señalar los pasos siguientes:

1. Esdras (alrededor del 400 a.C.) reúne los libros de la Ley, y con mucha probabilidad también de los Profetas. Con el pasar del tiempo otros libros, reunidos bajo el nombre de Escritos o Libros Sapienciales, vinieron a agregarse sin ninguna norma a los primeros, desconociendo qué grado de autoridad había que otorgarles.

2. En el siglo siguiente, las Escrituras sagradas son traducidas del hebreo al griego en Alejandría (Egipto). Es la versión llamada de *Los Setenta*. Estos libros (en griego *Biblia*) serán utilizados por las comunidades judías del mundo mediterráneo, que forman la mayoría del pueblo judío (tal vez son cinco veces más numerosos que los judíos de

Palestina). Esta Biblia griega es la que usarían los apóstoles y la que citan los libros del Nuevo Testamento.

Una parte de los libros nuevos se agregaron a la Biblia griega antes de que circularan en Palestina. La Biblia griega por lo tanto tenía más libros, y se usaba incluso en algunas sinagogas de Palestina.

3. En la época de Jesús, la comunidad religiosa no se había pronunciado todavía sobre el *canon*, es decir, sobre una lista oficial y definitiva de los libros sagrados. Todos consideraban los libros de Moisés como Escritura. Los saduceos situaban a los Profetas y los Escritos en un segundo plano, mientras que las demás corrientes religiosas los tenían por inspirados.

4. Después de la destrucción de Jerusalén por los romanos (70 d.C.), los fariseos reunidos en Jamnia reorganizaron la comunidad judía (95 d.C.) y fijaron el canon de las Escrituras, excluyendo sistemáticamente todos los libros escritos en griego.

5. La Iglesia siguió la práctica de los apóstoles, que habían usado la Biblia griega sin hacer distinción entre sus diversos libros; las discusiones se centraron más bien en los escritos que debían formar el Nuevo Testamento. Un decreto del papa Dámaso fijó definitivamente en el año 384 el canon de la Biblia cristiana, ya aceptado en general; la lista retenía algunos libros de la Biblia griega rechazados por los judíos en Jamnia, que fueron llamados *Deuterocanónicos*, es decir, libros de la segunda colección.

Doce siglos más tarde, cuando se separaron los protestantes, hubo división respecto a los deuterocanónicos y terminaron por excluirlos, llamándolos «apócrifos», es decir, no auténticos. Fue entonces que nació la teoría que incluía entre los tiempos del Antiguo Testamento, durante los cuales Dios no podía hablar más que en hebreo, y los del Nuevo Testamento, en que Dios habló griego, un período intertestamentario de cuatro siglos, del cual estaban excluidos tanto la inspiración divina como el progreso de la fe.

Las ciencias bíblicas han destruido las bases de esa teoría, pues tanto los judíos como los protestantes reconocen libros escritos después de Esdras. La joya del Antiguo Testamento, el Cantar, data, con mucha probabilidad, del siglo III, y

Qohélet no debe ser anterior. ¡Qué decir de la segunda parte de Zacarías y de Joel, más recientes todavía, lo mismo que la primera parte de los Proverbios! También se puede fijar con precisión la fecha del libro de Daniel en el año 165. Con esto, el tiempo *intertestamentario* ha pasado a ser una ficción engañosa.

Los tres últimos siglos del Antiguo Testamento se cuentan entre los más fecundos, y los libros griegos de ese período preparan los del Nuevo Testamento; dan testimonio de la resistencia de la fe tradicional amenazada por la invasión de la cultura helenística y pagana; reflejan los primeros esfuerzos para expresar la fe con los términos de la nueva cultura; son los primeros testigos de la diáspora, un pueblo de Dios disperso que vive su fe en naciones extranjeras; enseñan los comienzos de la fe en la resurrección de los muertos y las primeras intuiciones que preparan la revelación del Verbo y del Espíritu.

El pronunciamiento sobre el canon de los libros sagrados es esencial para la fe; pero
¿quién tiene autoridad para decidir? La promesa dice: *ustedes recibirán al Espíritu Santo, él los guiará en toda la verdad* (Jn 14,26; 15,13). El Espíritu Santo no ha sido únicamente para la jerarquía o para los doctores, sino para el pueblo cristiano en su totalidad. Los obispos del concilio Tridentino, que confirmó el canon cristiano en el siglo XVI, estaban divididos sobre el valor de los deuterocanónicos, pero desde hacía quince siglos el pueblo cristiano los utilizaba sin hacer diferencia: ese fue el argumento decisivo.

El Misterio de la Trinidad

La fórmula del bautismo que encontramos en el Evangelio de Mateo ha sido siempre la piedra de toque de la fe cristiana. Todo grupo que se niega a reconocer que el Nombre único pertenece a las tres personas deja de ser cristiano. Mateo pone a las tres personas en pie de igualdad, a pesar de que en el lenguaje y las imágenes, el Hijo y el Espíritu no parecen estar a la altura del Padre, como se podría deducir de las palabras de Jesús donde se pone debajo del Padre: Mt 24,36; Jn 14,28. No obstante, sabiendo que el misterio supera infinitamente a las imágenes y a las palabras, creemos.

Un sinnúmero de textos del Nuevo Testamento nombran juntas a las tres personas: Mc 1,10; Lc 1,35; Jn 3,34; 14,26; 15,26; Rom 1,4; Rom 8,11; 8,16; 1Co 6,11; 12,4; 2Co 13,14; Ap 1,4. La Iglesia, pues, no vacila en decir “la Trinidad” para nombrar al Único.

Al hablar de la Trinidad, a menudo nos contentamos con palabras, y la igualdad o semejanza entre ellas puede ser mal interpretada. Un ejemplo: al leer la traducción clásica de Jn 1,3, “Por él todo ha sido hecho”, muchos entienden, no que todo ha sido hecho “a través de él”, sino que él lo ha hecho todo. ¿En qué se distinguiría, pues, el Hijo del Padre creador?

Más a menudo nos confunde la idea de Dios establecido en una eternidad inmutable, que debemos al filósofo Aristóteles. Es cierto que nada puede afectar al Ser supremo: lo conoce todo y no necesita ni depende de nada. Es uno y no puede haber en él algo o algo que no sea totalmente uno con él. Sin embargo es difícil decirlo sin desvirtuar al Dios vivo que la Biblia nos enseña. Esta imagen del Dios uno ha sido una causa de tropiezo tanto para los judíos como para los griegos, y lo es todavía hoy para muchas personas.

Moisés y la Trinidad

Se enfrenta frecuentemente la revelación del Dios único hecha a Moisés y la fe del Nuevo Testamento. Es cierto que Dios no ha revelado todo su misterio a Moisés; sin embargo, cuando le comunica su nombre, “Yo soy Yo-Soy”, añade algo más que una definición del Ser divino, como si dijera: “Yo soy el que existe por sí mismo y que existe siempre”. Estamos ante una *afirmación* del Ser divino, que se encontrará con más fuerza en Is 45. Dios es inseparable de la afirmación de sí mismo; Dios no existe sin la “Palabra” que proyecta. Tenemos, pues, aquí a Dios y su Verbo (Jn 1,1), a Dios y su Sabiduría (Pro 8,22).

Tal vez algunos vean en esta afirmación de sí mismo el autoritarismo de un Dios patriarcal y machista, pero los que saben que Dios es el Amor reconocerán en tal afirmación la expansión y la generosidad del amor. Recordemos que *generosidad* y *engendrar* tienen la misma raíz: aquí está la relación padre-hijo.

La revelación de Dios Amor

Jesús nos habla del único Dios que es el Padre (Mt 19,17; Mc 14,36). Y nos enseña que la naturaleza de Dios y su ley propia son las del amor (Lc 7,47; Jn 15,9; 16,27). Con esto intuimos que la generosidad del Amor Dios lo hace salir de sí mismo. En el Amor-Dios hay a la vez superabundancia y debilidad (Rom 5,6-8; 1Co 1,21), como lo manifiesta su gran misericordia (Lc 15,7).

Las tres Personas no son solamente divinas, también son las tres caras complementarias del Amor sin origen (1Jn 4,8), caras tan inseparables como lo son en nosotros el ser y el actuar, el cuerpo y la energía. No puede haber existencia, ni eternidad, ni unidad, ni Dios que no se juegue entre ellas. El Hijo ha nacido del Padre, pero no se puede añadir a Dios; habiéndolo recibido todo, ha de devolverlo todo para ser retoma-

do en la unidad (Jn 19,30). El Evangelio de Juan afirma más de treinta veces (6,39; 17,18) que el Hijo es el enviado del Padre y que vuelve al Padre. Con esto no pretende solamente destacar la autoridad de Jesús, sino que expresa también que el misterio de su persona está en este doble movimiento (Jn 6,62; 20,17).

El Hijo se desprende de lo que ha recibido, es decir, de su condición divina, para entrar en el tiempo (véase la nota de Fil 2,6). Más exactamente, el momento en que pone su tienda entre los humanos (Jn 1,14), es en el plan de Dios el origen del tiempo y del universo. Todo lo que ha venido antes de él (Jn 1,30) depende del instante en que el “fiat” de María se confunda con el “Sí, yo voy” de Heb 10,6. Su empobrecimiento va a ser fuente de riqueza (2Co 8,9); reducido a la nada, pasa a ser el “principio” de una creación sometida al tiempo y la materia (Col 1,18).

Se podría decir que la persona del Hijo le da a Dios su ritmo: de lo infinito a lo ínfimo. Su hazaña ha permitido que la pequeñez se aloje al lado de Dios. Así aparece un universo en que se manifiesta tanto el esplendor como la debilidad, la debilidad de lo que sólo dura un tiempo y que debe morir para ser retomado en Dios (Qo 12,7). Por el Hijo hecho carne la humanidad pecadora, con todo su bagaje de criaturas, tierras y estrellas es y será salvada (Jn 12,32). Hoy mismo, a lo largo del día, cada uno de nosotros ha estado buscando la otra faz de su ser, que está en la sala del banquete (Is 25,6; Mt 22,11), en la eternidad.

El Espíritu de Dios

El Amor-Dios sin origen se ha proyectado, estableciendo su ley y su ritmo, en la persona del Hijo. Esta “generación” del Hijo (Jn 5,19) a su vez implica al Espíritu.

El Espíritu será la energía divina que magnetiza toda criatura. Se repartirá por todo el universo al compás del tiempo, conforme a la vocación de cada criatura. Múltiple en las criaturas (Ap 1,4), armoniza en una sola alabanza todas las vibraciones del mundo. Él es a la vez el don y el retorno al Dios del amor de todo ser que ama (Jn 14,17). Un amor que puede ser sucesivamente añoranza de lo eterno, éxtasis o pena de amor, indignación ante el mal, ternura, fuerza inquebrantable, entrega de sí mismo. El Espí- tu uno y múltiple (múltiple a nuestros ojos, uno a los ojos de Dios) procede de Dios y es Dios.

Amor y elección

Dios es Amor. Amor es amante, y no hay amante que no elija. Si hablamos del Hijo, en el que se complace el Padre, es difícil hablar de “elección”, puesto que el Hijo es único. No obstante, la palabra que recibe con ocasión del bautismo y de nuevo en la Transfiguración, lo llama “el elegido”. Ha sido amado y elegido para reconciliar al mundo; asimismo el amor de Dios por el mundo será siempre el origen de llamadas y elecciones. No hay distorsión más grave de la fe cristiana que olvidar la llamada gratuita que nos ha hecho pueblo de Dios (Rom 8,29; 1Co 1,26; 1Pe 2,9). El Magníficat de María proclama esta libertad del Amor que podría no gustarles a los espíritus igua- litarios: nos guste o no, así es nuestro Dios.

Dios se inclina sobre aquello que es pequeño

El Hijo nos ha descubierto la profundidad del misterio divino: el Dios que ama se inclina sobre aquello que es pequeño (Sal 113,6). Tal vez tengamos aquí otra cualidad propia de Dios. La elección de los pequeños no es un detalle sin importancia para conocer el misterio de Dios. La Biblia la recuerda a cada momento y la confiesa al hablar de la cólera de Dios contra todo lo que se enaltece (Is 2,11-16; Lc 16,15). A su vez el Credo confirma este aspecto misterioso del Ser divino: el Hijo se hizo hombre “por nuestra salvación”.

Siempre nos asaltarán dudas al confrontarnos con el misterio de Dios: ¿cómo puede haber un Amor sin origen, sin causa, sin que haya un lugar donde recibirlo...? Estas dudas y otras más surgen de los fantasmas de nuestra imaginación, porque nuestra razón sólo funciona con un cerebro material encerrado en las tres dimensiones del espacio. La Escritura nos dice: “¿Cómo podrán comprender al Dios que ha hecho todas las cosas?” (Jdt 8,14). Sin embargo, si abrimos nuestro espíritu y nuestro corazón a lo que nos revela la Escritura, esta clase de dudas no provendrá del misterio de tres Personas que son un mismo Dios. Esta revelación es tan bella y tan rica que no nos costará aceptarla.

La salvación de los no-cristianos

La fe y el modo de vida de los cristianos pueden plantear un problema a los que no las comparten, pero el interrogante es mucho más fuerte todavía para el cristiano que se fija en los demás. En primer lugar porque cree que ninguna vida humana alcanza su término ni consigue pleno sentido si no ha sido salvada; y después porque cree en un solo salvador y mediador, el Hijo de Dios hecho hombre.

Ahora bien, es un hecho que la mayoría de los hombres desconoce a este salvador, y que aparentemente a muchos no les perjudica prescindir de él; sin él espíritus muy nobles perseveran en una búsqueda espiritual que les depara grandes satisfacciones.

¿Qué han perdido no haciéndose cristianos? ¿Tendrá Dios muchos rostros y verdades?

¿Acaso somos sectarios?

Estas cuestiones son nuevas. Si indagamos en la Biblia, es muy poco lo que encontraremos en el Antiguo Testamento, pero también el Nuevo Testamento podrá desconcertarnos.

Cuando el Apocalipsis, que cierra el libro sagrado, se refiere a los tiempos venideros, no habla más que de una lucha sin piedad de las potencias del mal contra la Iglesia naciente. El libro quiere alentar a los cristianos perseguidos: son asociados a la victoria de Cristo, Señor de la historia. Es notable, sin embargo, que en ningún momento se mencione a los demás, esos mismos con los que nos codeamos todos los días, que no han sido ni testigos de la Palabra ni instrumentos del diablo. Parece como que no hubieran existido nunca.

Lo mismo sucede en las cartas de Pablo: los no cristianos son *los de fuera* (1Cor 5,12), un *mundo* en el cual el espíritu maligno actúa libremente (Ef 2,2). Incluso el texto de 1Tim 2,4 (*Dios quiere que todos los hombres se salven...*) pasa por alto nuestra cuestión; sólo expresa la voluntad divina de que llegue a todos los hombres el mensaje de la salvación.

Ignorar hasta ese punto a los que constituyen la mayoría de la humanidad podría hacer del cristianismo un mensaje sectario; ya dijimos una palabra sobre ese “fuera de la Iglesia no hay salvación” a propósito de Mc 16,16. No debemos sin embargo sorprendernos: los libros del Nuevo Testamento iban dirigidos a pequeñas comunidades, cuyos problemas habitualmente no iban más allá de su ciudad. Allí estaba el combate para esos cristianos a menudo mal vistos o perseguidos.

Hay sin embargo en los textos más fundamentales del Antiguo Testamento afirmaciones que se consideran, a veces erróneamente, como restos de un antiguo politeísmo. En el Deuteronomio 4,19 leemos: “Cuando mires al cielo y veas los astros del firmamento, no te dejes arrastrar a adorarlos como dioses y a servirlos, pues Yavé, tu Dios, dejó que fueran la parte de los demás pueblos, pero a ustedes los tomó para que fueran su propio pueblo y su propia herencia”. Se nos revela, pues, que Dios puso a los demás pueblos en un camino diferente y que él los encargó a otros señores del mundo sobrenatural (Dt 32,8; 33,3), de tal manera que se cumple el plan de Dios cuando obedecen a estos maestros; sirviéndoles con prácticas prohibidas a los israelitas, están realizando el plan de Dios.

Esta certeza se vuelve a encontrar en forma implícita a lo largo de toda la Biblia y, si pasamos al Evangelio, no encontraremos ninguna condena o discriminación de los que no recibieron la revelación bíblica. Veamos cómo actúa Jesús con los no Judíos en Mc 7,24-8,10. Del mismo modo la parábola del Juicio final (Mt 25,31) no hace ninguna distinción entre creyentes y no creyentes.

La tentación del liberalismo

Ciertamente resultará útil y conveniente replantear el problema de la salvación de los que no han recibido la fe. No es tanto cuestión de saber si Dios tiene el espíritu lo bastante amplio como para interesarse de “los de afuera”, sino de tratar de comprender cómo ha dispuesto la historia humana a fin de que todos sean salvados por el único Salvador, pero que sólo una minoría deba conocer al Hijo hecho hombre. ¿Por qué vocaciones tan opuestas: conocer o no conocer la gran manifestación divina? Si creemos que Dios actúa con una generosidad sin límites y sin distinción de personas, ¿cómo podemos ver en eso una obra digna de él?

A muchos cristianos de hoy les gustaría pensar que solamente el lenguaje y la cultura nos separan de quienes no comparten nuestra fe y que la verdad debe encontrarse más allá de los diferentes credos. La revelación cristiana se opone a ese tipo de concesiones: aun cuando aceptemos que haya otras revelaciones de Dios y que otras religiones se apoyen en profetas que no son los nuestros, pero que debemos respetar, el Hijo es único, así como Dios es uno (Jn 1,1; 1Tm 2,5).

Sin renegar de la unicidad de la salvación cristiana, podemos ampliar nuestra visión tradicional. Durante siglos se ha querido tranquilizar rebajando esas otras sabidurías y religiones: no son más que balbuceos humanos, se decía, mientras que a nosotros se nos da la luz divina. ¿Por qué entonces no reconocer que son dos caminos igualmente queridos por Dios, aunque el espíritu del mal haya sembrado toda clase de confusión?

Dios se manifiesta permaneciendo oculto

Creemos en nuestra vocación privilegiada, pero no podemos concluir por ello que Dios sólo salva a los demás “por añadidura”. Dios salva a unos manifestándose y a otros dejándoles que busquen (He 17,27); lo que aquí nos parece una contradicción es tal vez una exigencia de la santidad de Dios, porque Dios no se puede descubrir sin quedar al mismo tiempo oculto; no puede prometer y comprometerse en alguna parte sin volver a hundirse inmediatamente en el misterio o, si preferimos, hundirnos nosotros en nuestra condición de criatura.

Dios es Santo: esto significa que se nos escapa siempre, tanto más que nos ha hecho testigos de su acción siempre imprevisible. Los acontecimientos que vivimos, con su buena dosis de tragedias y de escándalos, se presentan como un juego divino: se desarrollan en la superficie de una realidad mucho más espesa, donde no hay más que el misterio de la libertad divina. *Nuestro Dios es un fuego devorador* (Dt 4,24), y quedamos sin recursos frente a las iniciativas y a la exuberancia de sus riquezas inalcanzables, a menudo terribles. En Dios no hay tinieblas y en Él todo es luz (1Jn 1,5), pero esa luz no es la nuestra y nos ciega.

Ese misterio de la luz que se da y que se niega está en lo más profundo de la obra de salvación. Las tensiones que en Dios mismo se anudan y concluyen con la vuelta a la unidad de las Personas divinas, son la razón última de las contradicciones inscritas en el plan de salvación con sus diversos caminos. El Dios Santo ha querido algo inconcebible para la razón humana: hacer que seres creados vuelvan a Él en su eternidad. Asumió en eso riesgos sorprendentes: ¿qué pueden y qué deben conocer de Dios? ¿Qué experiencias deben efectuar en el curso de su existencia, tan limitada en el tiempo? ¿Qué deben adivinar del Ser superior del cual provienen para que su vida presente sea un preludio de la eternidad? ¿Qué traumatismos son necesarios para prepararlos para esa metamorfosis?

El Dios de los muchos caminos

La perspectiva ideal de una familia humana unida en una misma religión, en una misma adoración y en una misma acción de gracias por los beneficios de la Providencia es muy conmovedora, pero ¿es cierto que la sabiduría divina puede expresar ahí todas sus riquezas? ¿Quién podrá decir lo que debe ser la acción de Dios si quiere a la vez respetar la libertad de los que han salido de él y reencontrar al fin de la historia lo que había de ser su término? De hecho Dios ha decidido manifestarse de dos maneras.

Antes de que empezara la revelación bíblica, y después al lado de ella, inspiró lo mejor de lo que transmiten las varias religiones. Ha previsto que pueblos enteros no conocieran al Salvador durante su vida en la tierra, porque ello es bueno y le conviene, al menos en el estado actual de la humanidad, (es bueno *por el momento*, pero no excluye de ninguna manera el deber y la urgencia de la misión, como lo diremos más abajo). Estos pueblos *buscarán al ser divino* (He 17,27) por su cuenta y riesgo, y Dios se reserva darles la iluminación interior (Jn 1,9). Su misma ignorancia acerca de Cristo, sus andanzas entre verdades parciales pueden haberlos llevado a la profundización de otros aspectos de la condición humana.

Dios quiso también manifestarse a un pueblo que hizo suyo, porque eso también es bueno y necesario. El llamado a Abrahán primero, el llamado a creer en Cristo después, hicieron nacer un pueblo, no superior a los demás, sino diferente. Ese pueblo es realmente privilegiado porque Dios se dio a sí mismo. No sólo lo conocemos, sino que nos ejercitamos desde ya en lo que será la vida de todos en la eternidad, la relación de amor mutuo en la ternura y en la fidelidad. Ese pueblo desempeña una función esencial en la historia aunque haya escrito muchas páginas poco brillantes. Entre los que han experimentado las riquezas del amor de Cristo, ¿dudará alguno en decir que ha recibido la mejor parte?

Un pueblo elegido e infiel

Hay en el mundo un pueblo de Dios, cuya presencia perturba a los pueblos y sus religiones. Este pueblo da un testimonio extraño, lleno de contradicciones, en el que el Espíritu Santo respeta las libertades individuales y se complace en actuar entre sombras y luces. Pasados veinte siglos descubrimos que toda la historia se puso en marcha, que el saber ha invadido la existencia humana, que las certezas seculares y paralizantes

son puestas en tela de juicio, que la persona, el amor y la paz y hasta el perdón, han venido a ser los valores esenciales. Pueblo de Dios: instrumento del plan universal de Dios.

¿Habría que decir que ese privilegio inmerecido nos da una superioridad sobre los que no fueron llamados? Pablo ya respondía a ese interrogante en su carta a los Romanos cap. 3. Es el momento de mirar más de cerca la contrapartida del don de Dios. Si la revelación de la Biblia nos ofreciese plena seguridad e hiciese de nosotros ejemplos de virtud, podríamos hablar de desigualdad. Pero no es así, pues el Dios Santo es el que nos ha acercado a él, y nosotros vamos a quemarnos en el fuego de su santidad.

¿Quién soportará el peso del primer mandamiento: “Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas?” ¿Y quién actuará mejor que esos apóstoles a los que Jesús reprochaba en cada momento su falta de fe?

En cuanto un pueblo es o se cree portador de una revelación divina, pasa a ser presa de la intolerancia y de los recelos respecto de los extranjeros. ¡Dios está con nosotros! He aquí una buena razón para dejar de buscar a Dios. Y hablamos mucho de Dios y de las cosas de Dios, pero no nos conocemos a nosotros mismos.

El escándalo de la cruz

De nada serviría alargar la lista de las infidelidades que recuerda la Biblia y que continúan en la historia de la Iglesia, como si debiéramos acusar constantemente a nuestros antepasados; mejor será comprender que tales infidelidades forman parte del plan de Dios. Pablo recuerda que una de las finalidades del pueblo de Dios es la de manifestar al mundo la sabiduría misteriosa de Dios (1Co 2,6). Pablo habla de una sabiduría que es locura, de una fuerza que se manifiesta en la debilidad (2Co 12,9), y lo condensa en una frase definitiva: el “escándalo de la cruz” (1Co 1,22).

No sería suficiente que la Iglesia predique la muerte en cruz del Salvador. Dios quiere además que su pueblo, instrumento de su revelación, transmita siempre las riquezas eternas con medios pobres y, atrevámonos a decirlo, en medio de escándalos. Este pueblo escogido es pecador tanto o más que cualquier otro, deja pasar las oportunidades históricas y transmite el mensaje del que es portador con cuenta gotas. Así se restablece el equilibrio (Mal 1,11-12).

Dios mantiene su libertad de decidir

El espíritu “ecuménico” nos permitirá suavizar las polémicas y la incompreensión entre cristianos y no cristianos; pero es vano pensar que un espíritu más abierto permitirá alcanzar intelectualmente un lugar más elevado, desde el cual podamos equiparar o juzgar todas las religiones; la Biblia queda aparte por estar destinada a un pueblo elegido, y esa elección es confirmada por la palabra gracia (la gratuidad total de los dones de Dios), que sólo la fe cristiana pone en el centro de nuestras relaciones con él.

Algunos preguntarán: ¿Es posible que unos sean elegidos y otros sean menos amados? Ciertamente que no todos han sido amados del mismo modo, y algunos han recibido sin comparación más que otros. Dios no es un empresario que paga a todos lo mismo cuando se presentan con méritos iguales. Sus criaturas no vienen a presentarse ante él, sino que desde un comienzo él ha creado a cada uno con su destino, que es siempre gracia y sobreabundancia. Y si decidió que algunos recibieran y fueran más, no por eso olvidó dar a otros más de lo que hubieran podido imaginar, desear y comprender.

La situación privilegiada del creyente lo incita a llevar la luz a quienes no comparten nuestra fe, pero sería un error creer que han sido menos amados; aunque nos veamos más ricos, esta superioridad sólo es temporal. Cuando pasemos a la eternidad,

ricos y pobres se encontrarán en pie de igualdad, o más bien, cimentados para formar un solo “hombre nuevo”.

La fidelidad y la gracia

Recordemos lo que Pablo dice con relación a la doble actitud de Dios con respecto a los judíos y a los no judíos en Rom 15,8. Pablo ve una manifestación de las dos grandes cualidades que toda la tradición profética atribuye a Dios: la *gracia* y la *fidelidad*. Esta intuición de Pablo seguramente se aplica más allá del caso de los judíos y de los no judíos. Si creemos que Dios hizo de la creación su juego (un hindú diría su danza), y que quiso expresar en el tiempo lo que él es y lo que vive en la eternidad, tendremos una clave para comprender que se haya revelado sólo a una minoría, mientras salvaba a la humanidad entera.

Con los primeros Dios hace la experiencia de una relación mutua, que es ya en el tiempo lo que será en la eternidad: ahí cabe la palabra *fidelidad*. Dios hace promesas, nosotros le respondemos, le lanzamos desafíos, le amamos con sencillez, y la eternidad ya está ahí aunque en la sombra. Fue lo mismo que vivió en Galilea el Verbo eterno, una historia que no fue más que un instante en el tiempo de los hombres, pero en la que estaba encerrado el todo de Dios.

Estamos mal ubicados para poder decir lo que Dios hace con los demás que no han conocido a Dios hecho carne. Sin embargo Pablo habla de *gracia*, y bajo esa palabra tan elástica pone todo lo imprevisto de las iniciativas divinas. Es probable que Dios no pudiese conducir a él la historia humana sin que al cabo se tenga la impresión de que todos se equivocaron sobre lo que se esperaba de ellos y que, al final, la fiesta es

pura y sencillamente lo que han hecho la creatividad y la generosidad de Dios. Y la alegría será más grande por vibrar la humanidad entera y para siempre, con la sorpresa de “aquellos a quienes él no había sido anunciado” (Rom 15,21).

Entonces se hará patente que todos los caminos eran necesarios, no tanto por culpa de las limitaciones humanas, sino más todavía **para que** la generosidad y las ambiciones del Amor-Dios pudiesen satisfacerse plenamente. Pablo lo dice con otras palabras en Ef 3,6.

Todas estas consideraciones no desvelan ni eliminan el misterio. Tan sólo quieren invitar a buscar una respuesta en el misterio de Dios y no en lo que simplificaría la vida del mundo. Más importante es lo que a Dios le conviene; y sólo él conoce la otra cara de nuestro ser o la otra cara de la realidad, que es la humanidad en Dios y su eternidad